

ROBERT AICKMAN

LAS CASAS DE LOS RUSOS



ATALANTA

Considerado por muchos uno de los más destacados autores ingleses de literatura fantástica de la segunda mitad del siglo xx, el londinense Robert Aickman siempre sostuvo que no escribía cuentos de terror, sino «historias de lo extraño» –así le gustaba definir las–, relatos que tienen la rara virtud de sumergirnos en una tensa e inquietante atmósfera. Esta nueva entrega de su obra vuelve a constatar, como *Cuentos de lo extraño* (Atalanta, n.º 53), su gran talento para lo *fantástico* narrativo.

«Aickman es un escritor refinado, inteligente, sensible y culto, y en sus páginas resuenan los ecos de muchas lecturas, cuya variedad podemos rastrear por las referencias halladas en el texto: Renan (un autor hoy olvidado), Arthur Machen, Céline, Daudet, Strindberg... pero también Walter de la Mare, Algernon Blackwood, M. R. James [...].

»En el extenso artículo dedicado a Aickman en *The Encyclopedia of Fantasy* de John Clute y John Grant, leemos que en las historias de nuestro autor los personajes “no son capaces de entender al fantasma con el que se enfrentan debido a que dicho fantasma [...] es una manifestación, un retrato psíquico, de su incapacidad para comprender sus propias vidas”. No se puede decir mejor, ni con más elegancia.»

Andrés Ibáñez

«En sus mejores momentos, fue el escritor de relatos de terror más profundo que ha dado el siglo.»

Peter Straub





ARS BREVIS

ATALANTA

103





**ROBERT AICKMAN**  
**LAS CASAS DE LOS RUSOS**

TRADUCCIÓN  
**ARTURO PERAL SANTAMARÍA**  
**IRENE MASEDA MARTÍN**



**ATALANTA**

2016

En cubierta: Alberto Martini, *Historias macabras*  
de Edgar Allan Poe, 1905  
En contracubierta: Robert Aickman fotografiado en 1960 por  
Ida Kar. Cortesía de la National Portrait Gallery

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a [cedro](http://www.cedro.org) (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Todos los derechos reservados.*

© The Estate of Robert Aickman  
© De la traducción: Arturo Peral Santamaría  
e Irene Maseda Martín  
© EDICIONES ATALANTA, S. L.  
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España  
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34  
[atalantaweb.com](http://atalantaweb.com)

ISBN: 978-84-945231-3-7  
Depósito legal: Gi.-567-2016

## ÍNDICE

La tolvanera

9

Las casas de los rusos

65

No más resistente que una flor

107

En edad de crecimiento

127

Ravissante

195

Las manchas

233



## La tolvanera

Durante el período que llevo trabajando como oficial especial para el Fondo de Construcciones Históricas, inevitablemente me he cruzado con muchas cosas extrañas e inesperadas en todo tipo de ámbitos, pero sólo recuerdo tres ocasiones en las que hasta ahora me he encontrado con algo que se podría relacionar con un elemento paranormal.

Ya que da la impresión de que el interés por los fenómenos paranormales crece constantemente, en parte, sin duda, por el deseo de huir de una forma de vida que parece volverse cada vez más uniforme, regulada y falta de aspiraciones, llevo una temporada pensando que valdría la pena destacar al menos uno de estos casos, en mi opinión el más sorprendente, en una narración ordenada, aunque totalmente sincera, que pueda desligarse de los numerosos documentos asociados a mi puesto. No pretendo recuperar recuerdos medio olvidados; la tarea que me propongo consiste en adaptar fragmentos del diario que escribí en la época en cuestión. Ocupo el cargo de

oficial especial desde hace poco más de diez años y creo que ha llegado el momento de llevarla a cabo.

Resulta que a lo largo de estos diez años el Fondo ha puesto en marcha un Comité de Investigación Paranormal y de lo Oculto. Como bien se sabe, el consejo dudó muchos años en dar este paso, consciente de que era sumamente indeseable mezclar el Fondo en polémicas de cualquier tipo, además del constante peligro de que lo tacharan de estrafalario o reaccionario; pero al final la presión aumentó tanto que hubo que dar una respuesta sin más evasivas. Yo creo que era inevitable. La conexión entre el interés por los edificios antiguos (a menudo en ruinas y a veces de origen eclesiástico) y por lo que popularmente llamamos «fantasmas» es obvia. Además, el Fondo, al igual que la mayoría de las sociedades de voluntarios bien consolidadas, recibe sus recursos de personas mayores. Un Comité Paranormal es tan inevitable como el Comité de Fauna, con el que sí hemos contado casi desde el principio.

Sin duda, el Comité Paranormal ha realizado un muy buen trabajo, pero he dudado en entregarles un informe mío, a pesar del hecho de que en mi posición podría haberles dado tres. El Fondo es un organismo muy conservador (no en el sentido político, claro), y mi dilema es el de un funcionario. Si un funcionario toma la iniciativa y las cosas salen bien, no puede, por la naturaleza de su puesto, esperar gran cosa como recompensa; sin embargo, si su iniciativa sale mal, puede prepararse para cualquier tipo de problema, desde una reprimenda hasta el bloqueo de nuevos ascensos, y su nombre tendrá una marca negra permanente en los expedientes. Está visto, por tanto, que la forma de avanzar en un funcionariado o en cualquier ámbito donde se imponen las condicio-

nes del funcionariado consiste en no mostrar iniciativa y en no apoyar la de los demás. Esto será inevitable mientras basemos toda nuestra administración en el modelo burocrático. El Fondo no es un jefe tan duro como el funcionariado, aunque sólo sea porque no hay que dar cuenta de ningún acto en el Parlamento; sin embargo, exige cautela debido a sus dimensiones y a su obligación de no ofender a nadie, si es que tal cosa puede evitarse, ni siquiera a quienes lo critican directamente. Creo que si entregara un informe a la gente del Comité Paranormal sobre cualquiera de mis tres casos, por muy revisado que estuviera, ello podría desembocar en un desencuentro, en la impopularidad del autor en varios sectores e incluso en una denuncia por difamación que implicaría al Fondo. Pocos temas despiertan más susceptibilidades que lo «sobrenatural», como suele decirse. Eso da la medida de la importancia que se le otorga, aunque no muchos se molesten en admitirlo. Si entregara semejante informe y surgiera algún problema, el consejo probablemente interpretaría que la culpa es mía. Sólo cabe especular sobre la cantidad de información importante que nunca ve la luz del día por razones similares. He pensado que lo mejor es confiar mi relato a un grupo selecto de personas, después de que se comprometan a mantener la más estricta confidencialidad, y guardar una copia para la posteridad en mi modesto archivo.

El cargo de oficial especial, del que he sido hasta ahora el único titular, se creó cuando el crecimiento del Fondo, así como el número y la variedad de sus propiedades, acarrearón tareas variopintas, algunas urgentes y todas fuera del ámbito de cualquiera de los empleados de la plantilla, contratados casi en exclusiva para desempeñar actividades relacionadas con la conservación en sentido

estricto pero que, como se admitía abiertamente por entonces, se habían ido ampliando poco a poco. Mis funciones han abarcado una gran variedad de tareas, desde colocar un enorme legado escultórico en lo que antaño había sido un parque ducal hasta organizar un puerto para veleros en una isla frente a la costa de Gales; desde dedicar seis frustrantes meses a pavimentar suelos con adoquines ornamentales hasta promocionar, durante un período de tiempo todavía más largo, una temporada de teatro al aire libre, compuesta por obras que abordaban el tema de la fertilidad y que estaban llenas de canciones y bailes. La mayor parte de mi labor se desarrolla al aire libre, por lo que he de enfrentarme al clima británico, a los filisteos de las autoridades locales y a los mismos miembros del Fondo, pues muchos de ellos tienen sus propios intereses y creen que han comprado a toda la plantilla con sus pequeños donativos. Bueno, quizá no *todos*. Algunos miembros son gente muy agradable, dispuesta a ofrecer su hospitalidad. He pasado por momentos de escepticismo al sentir que las tareas más importantes de la organización recaían exclusivamente sobre mis hombros, pero ello no era más que autocompasión; estoy convencido de que no me podría haber ido mejor en otro trabajo. Tuve mucha suerte cuando el Fondo me contrató.

Los acontecimientos que me dispongo a describir se produjeron en Clamber Court, en Bedfordshire, una residencia de la familia Brakespear. Se dice que de una rama de esta familia provenía el único inglés que ha resultado elegido papa, quien además, de entre todos los papas, ha sido el de mayor fuerza física. Dos hermanas solteras representaban la rama de la familia de Clamber Court. Su padre, el último Lord St. Adrian, había fallecido años atrás, y se decía que desde entonces su madre se compor-

taba de una forma algo rara. Al menos ése era el rumor que circulaba por la oficina del Fondo. Al final las hermanas incorporaron Clamber Court al Fondo, pero se quedaron como inquilinas. En la oficina también se rumoreaba que las jóvenes habían vivido desenfrenadamente, pues nadie las controlaba, y habían gastado mucho dinero. Estas explicaciones podrían haber sido ciertas en otros tiempos, pero hoy en día casi nunca lo son. Lo más probable es que las Brakespear fueran huérfanas de la tormenta social, como la mayoría de los asociados del Fondo.

Mi estancia en la casa no tenía nada que ver con el edificio ni con la propiedad que lo rodeaba, como explicaré más adelante. El caso es que ya había visitado Clamber Court con anterioridad. No había ido de servicio, pues éste no incluye visitas regulares de ningún tipo. Fui como miembro ordinario del Fondo, pero sin revelar mi identidad. En aquella época, me parecía muy instructivo fijarme en el modo en que mis colegas se las apañaban en la constante lucha con los diversos edificios, a menudo ofrecidos al Fondo pese a que estaban a punto de derrumbarse, y con sus moradores extraños y recalcitrantes. Por entonces, el anciano presidente del Fondo solía describir al personal como una enorme familia, y eso no era en absoluto un cliché: la presencia del Fondo se sentía dondequiera que uno fuera, vigilaba el comportamiento de los empleados y era difícil de evitar. Por supuesto que me sentí más en casa al cabo de uno o dos años, ya más seguro de la tierra que pisaba. En cuanto a mis visitas a lugares como Clamber Court, he de señalar que yo ya había trabajado anteriormente en el ámbito de la arquitectura, aunque no estoy titulado, así que siempre me he interesado por los edificios en sí mismos, al igual que muchos otros empleados del Fondo.

Clamber Court era una mole cuadrada de ladrillo, de cuatro plantas, y en cada lado tenía un pabellón más pequeño, también cuadrado y de ladrillo, de dos plantas. Los pabellones tenían tejados de pizarra que acababan en punta y pilastras en tres lados. Estaban unidos al bloque principal por largos pasajes de una sola planta con grandes ventanas con arcos de medio punto. Esta rama de la gran familia Brakespear se había enriquecido durante la sucesión de los Hannover, cuando comenzó para ella una época de enorme importancia que la alejó tanto de las demás ramas que al final no encontraron heredero al título. Un rasgo destacado de la propiedad era que poseía dos caminos de entrada. El primero era una avenida de tres kilómetros, flanqueada por árboles antiguos, que, en línea recta, comunicaba la entrada principal con una verja noble y ornamentada, lindante con la carretera. El otro era más sinuoso, pero no menos largo, y comunicaba una hermosa casita situada al este con otra casita al oeste (que también daba a la carretera principal). Los caminos se cruzaban aproximadamente a medio kilómetro de la fachada del edificio. En la intersección había una fuente barroca con una estatua masculina de aspecto heroico a punto de atravesar con una lanza un gran jabalí. Me pareció un conjunto inquietante, aunque se salvaba por la inusual excelencia de su estado y mantenimiento. En la Europa moderna, la mayoría de las fuentes privadas están rotas e inmundas, e incluso sus propietarios las contemplan con indiferencia. Ésta resplandecía y, ¡oh prodigio!, expulsaba agua, probablemente con la presión adecuada. Ya me había percatado de que el camino por el que había llegado en mi Mini (el transversal) estaba limpio y sin mala hierba. Las hojas de vidrio de los dos corredores que unían la vivienda principal con los pabellones parecían

estar en su sitio y centelleaban con el sol primaveral. El Fondo no siempre puede pagar reparaciones de ese tipo. Seguro que la familia Brakespear tenía algo de dinero en el bote.

El interior de la vivienda lo confirmaba. No sólo albergaba muchos objetos de una calidad excepcional, sino que estaba pintada, cuidada y pulida. El empapelado de las paredes parecía estar bien pegado y no había agujeros en el techo. Sin embargo, no se podía decir que se hubiera limpiado el polvo de la casa. Resultaba curioso. Se podía escribir en las superficies relucientes, igual que Rembrandt en la película de Korda. De hecho, escribí «Fondo de Construcciones Históricas» sobre la mesa del comedor, y las palabras destacaron con claridad a la luz de un rayo de sol. Lo raro fue que una de las empleadas del hogar, una mujer alta y gris, vestida con un uniforme de nailon también gris, me vio hacerlo desde el otro lado de la estancia y no dijo nada, a pesar de que lo más probable es que estuviera allí para vigilar el comportamiento de los visitantes. Observé especialmente que ni siquiera sonrió ante lo que yo había hecho. Me sorprendió hasta tal punto el polvo de la casa y la indiferencia que provocaba que al día siguiente envié un memorando al representante regional del Fondo. Insinué que podría haber una fábrica de cemento en el distrito, una idea que se me había ocurrido por la noche, y que el Fondo debía solicitar que las ventanas de la casa permanecieran cerradas.

Esto sucedió nueve años atrás. Dos años después me pidieron que pasara en la casa (según confirma mi diario) dieciocho días. La razón era que había que supervisar uno de los planes más disparatados en los que se había involucrado el Fondo –el más disparatado, sin duda, como yo solía decir en aquella época cuando alguien me pregun-

taba, y como han confirmado los acontecimientos, para mi remordimiento más sincero—: la restauración del río Bovil. Durante años se habían recibido quejas de varias partes (ninguna de las cuales, por supuesto, poseía toda la información) que culpaban al Fondo de ser demasiado conservacionista y retrógrado, poco preparado para adentrarse en el campo a batallar. La peor consecuencia de este revuelo infundado fue que el Fondo se acabó embarcando en el proyecto de eliminar la maleza y el barro y arreglar las maltrechas esclusas de un río pequeño y rústico del que nadie había oído hablar (ni siquiera la gente del distrito, como pronto averiguaría). La opinión que expresé (junto con más gente) era obvia: si había una necesidad real del río, su restauración debía implicar a las autoridades públicas correspondientes. Era un asunto que nada tenía que ver con los objetivos del Fondo. Pero los impetuosos de siempre, que no tienen bastante trabajo entre manos, o al menos dan esa impresión, habían convencido a uno de los propietarios de que invirtiera algo de dinero, aunque fuera sólo un inversor y la cantidad no resultara para nada *suficiente*. Alegaron que la mayor parte del trabajo la harían voluntarios y que el público financiaría el resto. Huelga decir que ninguna de las dos afirmaciones resultó ser cierta, y el asunto ha supuesto para el Fondo un trabajo interminable que todavía no ha acabado ni lo hará próximamente. El Fondo no está preparado para conflictos, discusiones ni publicidad. Mi experiencia tampoco me inclina a favor de los consabidos «trabajadores voluntarios». En la práctica, se consigue mucho más con empleados regulares y asalariados, que se mantienen lejos del foco de atención. Y así ha sido en el caso del proyecto Bovil. Pero si sigo hablando de este asunto, acabaré siendo sospechoso de deslealtad al Con-

sejo del Fondo, lo cual sería falso. Es más bien un caso de lealtad, que como se demuestra mejor es evitando que se cometan errores.

Después de (lo que me parecieron) discusiones insuficientes, el proyecto Bovil se aprobó y un hombre llamado Hand, el peor y más ambicioso de los impetuosos del Fondo, se puso al mando de la obra. Yo mismo dudaba de que fuera un hombre de fiar, pues resultaba obvio que era muy joven para el grado de responsabilidad que había asumido, así que me pidieron que cuidara de él durante las primeras fases del trabajo, ya que le llevaba veinte años o más y tenía mucha experiencia gracias a mis variados trabajos. Hamish Haythorn, el secretario nacional del Fondo, escribió a Agnes Brakespear, conocida por ser la más formal de las hermanas, para preguntar si podía alojarme en Clamber Court durante la puesta en marcha del proyecto. El Fondo espera que la gente cuyas propiedades han sido incorporadas ayude de este modo si surge la necesidad, aunque a veces a los empleados del Fondo se les ofrece sólo un ático y comida muy sencilla. Esto me había ocurrido en varias ocasiones, y no esperaba menos en Clamber Court. (Hoy en día, por supuesto, apenas si me encuentro con este tipo de situaciones, ya que he aprendido a aprovecharme de las diferentes debilidades de los inquilinos del Fondo.) Recuerdo que la señorita Brake-spear tardó mucho en contestar, y entretanto el plan Bovil se iba demorando. Pero al final tuvimos noticias suyas y me puse enseguida en camino. Llegué bastante antes de la hora de la cena, aunque eso, como acabo de decir, podría no haber significado nada.

Según la tradición, la enorme verja que daba a la carretera principal sólo se abría en caso de bodas y funerales familiares, así como de visitas por parte del monarca; en

cuanto a la verja más pequeña, algo más allá, en la misma carretera, el representante regional del Fondo la había cerrado con candado porque, a causa del ruido del tráfico, había sido imposible encontrar un arrendatario para la casita adyacente. Así que avancé en mi Mini por los carriles que llevaban a la entrada oriental, igual que la vez anterior, dos años antes. Quizá no tanto tiempo atrás, pues esto ocurrió a principios de la primavera, cuando aún no había una sola hoja en los enormes y ancianos árboles. De hecho, ni siquiera era oficialmente primavera. En esta ocasión, al abrirme paso, el hombre de la verja se llevó la mano al sombrero a modo de saludo.

Me animé al ver que el camino largo y serpenteante seguía tan cuidado como antes. Todos los setos a la vista habían sido podados convenientemente y muchas de las verjas de las granjas habían sido renovadas. Avisté al heroico cazador, enclaustrado entre complejas tracerías de agua, y a su desdichada presa, empapada. Cuando completé el último trecho que llevaba al parterre de piedras rectangulares, antes de la doble escalinata, pensé que la casa tenía un aspecto inmaculado pero poco funcional, como una enorme pieza de cerámica de Staffordshire. Y cuando apagué el motor y bajé del coche, el absoluto silencio reforzó aquella asociación. Permanecí un rato mirando el suave descenso del camino hasta la verja principal y observando unos grajos grandes y negros que, como hojas de un periódico quemado, daban vueltas entre los desnudos árboles; eran las únicas formas de vida a la vista.

Según relata en su autobiografía, *The Attempted Rescue*, Robert Fordyce Aickman (1914-1981) tuvo una infancia difícil, minada por las extravagancias de su padre, el arquitecto William Arthur Aickman, y por los constantes altercados de éste con su esposa, treinta y dos años más joven, Mabel Violet, hija del prolífico escritor victoriano Richard Marsh (autor de una novela que rivalizó en popularidad con el *Drácula* de Bram Stoker).

Aickman fue un enérgico defensor del medio ambiente, fundó una asociación fluvial y escribió dos tratados sobre el tema. Cultivó el teatro, la novela y la crítica de ópera, aunque será siempre recordado por su cincuentena de relatos, que reunió en distintas colecciones: *We Are for the Dark*, *Six Ghost Stories* (1951), *Dark Entries* (1964), *Powers of Darkness* (1966), *Sub Rosa: Strange Tales* (1968), *Cold Hand in Mine: Eight Strange Stories* (1975), *Tales of Love and Death* (1977) e *Intrusions. Strange Tales* (1980).

«Nadie mejor para ponernos los pelos de punta que Robert Aickman. Sin embargo, no se sirve de ningún efecto espectacular, ni de excesos en el estilo o la emoción [...]. Algunas de sus historias están, sin duda, más próximas a Kafka que a Mrs. Radcliffe.»

T. J. Binyon, *T. L. S.*, 23-12-1977



ISBN 978-84-945231-3-7



9 788494 523137